

EL CAPITAN.

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA ¹.

II ².

LA ORGÍA.

CORO DE SOLDADOS.

Brindemos, amigos;
Las copas llenad
De ponche, de vinos,
De rom y champañ.
Cantemos mil himnos
Al Dios del placer:
Bebed y brindad,
Brindad y bebed.

¹ Se halló incompleta entre los borradores del autor.

² Claramente indica este número que la leyenda no principiaba aquí; pero no se ha hallado el principio de ella.

Y que la guerra cruel,
 A que el Rey nos convocó,
 Felizmente se termine
 Con la sangre del traidor.
 Que Dios la victoria otorgue
 A quien tenga la razon,
 Y que yo al triunfo os conduzca,
 Digno de vuestro valor.
 Pues cristianos y leales
 Siempre mis soldados son.

LOS SOLDADOS.

¡Bravo! ¡Viva el Capitan!

DON FERNANDO.

¡Que viva el tercio español,
 Con su invencible bandera,
 Con su indomable leon!

LOS SOLDADOS.

¡Viva!

DON FERNANDO.

Gracias, muchas gracias.—
 Pero la tarde pasó,

Y ya basta de locura,
 De brándis y diversion.

UN SOLDADO.

Que cuente Hernan una historia.

HERNAN.

La contaré.

LOS SOLDADOS.

¡Bien, por Dios!

HERNAN.

Mas silencio pròmetedme.
 Escuchadme, y atencion.

LOS SOLDADOS.

Escuchamos y atendemos.

HERNAN.

Es caso que sucedió
 Há tiempo, y yo le intitulo:
Mi Dios, mi dama y mi honor.

Don Gaston de Benavente,
 Con su gente,
 A la campaña salió ¹,
 Y dispuesto en són de guerra,
 Por la tierra
 De los moros se metió.

Es jóven y aventurero,
 Caballero
 De muypreciado solar;
 Son sus únicos trofeos
 Y deseos
 Tener moros que matar.

Capitan de una partida,
 Distinguida
 Por su bélico valor,
 Es su lema y su bandera
 Por do quiera:
Mi Dios, mi dama y mi honor.

¹ Imitacion de la primera estrofa de la balada de Barrantes, *Esposa sin desposar*, que empieza:

Carlos Quinto, rey de España,
 A campaña
 En són de guerra salió, etc.

Sus intrépidos donceles
 Los corceles
 Lanzan veloces al par:
 «¡Sus! ¡al arma, caballeros!
 ¡Sus! ¡ligeros!
 Al agareno á buscar.»

Ya las huestes se encontraron,
 Y juntaron
 A guisa de combatir;
 Ya los infieles, vencidos
 Y perdidos,
 Sólo piensan en huir.

De los cristianos á gloria,
 La victoria
 Se declara sin dudar;
 Cortan sus filos tajantes
 Mil turbantes,
 Y mil cabezas al par.

Y cual buenos compañeros,
 Los guerreros
 Van el botin á coger;

Y sin riñas, sin enojos,
 Los despojos
 Partes iguales á hacer.

Una de ellas, de derecho
 (Trato hecho),
 Pertenece al Capitan;
 Y es una esclava, doncella,
 Tierna y bella,
 Hija de Alí-ben-Cotan.

¡Ay! ¡que en mal hora se hizo
 Tal hechizo
 Preso de guerra en accion!
 Cautivo de su cautiva,
 Miéntras viva,
 Será siempre don Gaston;

Pues las gracias de la ufana
 Mahometana
 Su alma acaban de rendir,
 Y con gallardo talante,
 Al instante
 Así él empieza á decir:

«¡Oh tú, bella prisionera,
 La primera
 Que tan hermosa miré!
 Todo por tí lo dejara
 Y olvidara,
 Ménos mi cristiana fe.

»Y cuanto tu labio pida,
 Dulce vida,
 Te lo ofrecerá mi amor...
 Manda pues; que es mi bandera
 Por do quiera:
Mi Dios, mi dama y mi honor.

«—¡Oh caballero cristiano,
 Cuya mano
 Tan fuerte y bizarra es!
 Si un solo favor, que puedes,
 Me concedes,
 Mi amor te daré despues.

»Mi buen padre, que me adora,
 Preso llora
 Por órdenes del Emir,

Que es Abderraman el Breve,
 Un aleve,
 Que me quiso seducir.

» Y mi padre no queria
 La honra mia,
 Cual un infame, vender;
 Y por su firmeza ó sino,
 Al fin vino
 La libertad á perder.

»—Cesa, mi bella, en tu apuro.
 Yo te juro
 O libertarle ó morir.
 Yo forzaré las prisiones
 Y pasiones
 De Abderraman el Emir.»

De todas armas armado,
 Y montado
 En un soberbio alazan,

Parte en fin el caballero
 Aventurero,
 En busca de Abderraman.

Paso en silencio el camino
 Que el noble galan llevó,
 El cómo llegó á Granada
 Buscando al moro feroz,
 Y demas que no hace al caso
 A mi pobre narracion;
 Y os diré sólo las frases
 Que el Capitan dirigió
 A un jóven y hermoso paje,
 Que la mora le envió.

«Pajecillo, pajecillo,
 Que eres correo de amor,
 Que á los amantes das vida,
 Y á los males curacion;
 Si tantos secretos sabes
 Contra amoroso dolor,
 ¿Por qué no me indicas luégo
 Un remedio á mi pasion?»

¡Ay! yo soy el caballero
 De la infiel que te envió;
 El entre mil desdichado,
 El capitan don Gaston,
 El que á imaginar no acierta
 Por qué ni cómo quedó
 Vencido por una mora
 Quien tantos moros venció.
 ¡Ay! vé pronto, pajecillo,
 Pues correo eres de amor,
 Y di á la bella agarena
 Lo que mi labio dictó.
 Dila que libré á su padre
 De muy horrenda prision,
 Y que maté á sus verdugos,
 Miéntras salvo se fugó
 Para unirse con su hija
 Y darla mi corazon;
 Que yo así se lo encargué,
 Y él así se lo llevó.
 Mas no la digas ¡oh paje!
 Cómo mi brazo retó
 A decisivo combate
 A Abderraman el traidor;

No digas que, fementido,
 El Emir me aprisionó,
 Desentendiendo ¡villano!
 Mi justa provocacion;
 Que si, cual la mora gracia,
 Tuviera el moro valor,
 No se viera sentenciado
 Un caballero cual yo
 A morir en un suplicio
 Con infamante baldon.
 No la digas que un cristiano
 No recibe deshonor
 De que la mano de un moro
 Corte su cuello á traicion...
 Mas dila sólo que siempre
 Cumple lo que prometió;
 Que valeroso y honrado,
 El capitan don Gaston,
 Constante hasta en el cadalso,
 Cuando á la muerte marchó,
 Llevó escrito en su bandera:
Mi Dios, mi dama y mi honor.»

UN SOLDADO.

Pláceme la tal historia,
Y prometo, por mi fe,
Que nunca la dejaré
Ni un punto de mi memoria.

OTRO SOLDADO, *todo ébrio.*

Pues no es ménos verdadero
(Con el permiso de Hernan)
Que fué el don Gaston galan
Un solemne majadero.

DON FERNANDO.

Eso no, ¡voto á mi nombre!
Aquel que en algo se tiene
Debe ser, cuando conviene,
Caballero ántes que hombre.

EL SOLDADO.

Capitan, vos delirais;
Y si mal no me equivoco,
Ya se os va notando un poco
Lo enamorado que andais.

Y el más lerdo adivinara
Que alabais á don Gaston
Porque os ciega la aficion
Que teneis á doña Clara.

DON FERNANDO.

Deten, bellaco, esa lengua,
O trágetela entre el vino,
Que la cabeza y el tino
Te está turbando con mengua;
Que á esa dama respetada
Sólo se nombra ¡villano!
O con la gorra en la mano,
O con la mano en la espada.
Soldado, yo te perdono;
Pero ¡guay si en algun dia,
Al jugar con mi hidalguía,
Ganaras sólo mi encono!
Señores, á recoger;
Y á caballo todo el mundo
Cuando el rostro rubicundo
El alba nos deje ver.

III.

LA DESPEDIDA.

Dijo, y la puerta cerrando
 Con sin igual arrogancia,
 Salió fuera de la estancia
 El capitan don Fernando.

El que, acatando la ley,
 Y partiendo á extraña tierra,
 Va á conquistar en la guerra
 Ciudades para su rey.

Hace temblar solamente
 Su mirada prodigiosa,
 De amor á la desdeñosa,
 Y de pavor al valiente.

Él es el amante blando
 Que en los jardines trovaba,
 Y que tanto suspiraba,
 Dulces endechas cantando.

Él mendigaba algun dia
 De amores una corona;
 Hoy ha cuantas ambiciona
 Su incansable fantasía.

Él, de las bellas querido;
 Él, en las zambras buscado;
 Él, en las guerras hallado;
 Él, de los hombres temido;

Porte gentil, dulce acento,
 Mirada firme y severa,
 Larga y negra cabellera
 Lanza sus rizos al viento;

Mostacho largo y rizado,
 Con las puntas hácia arriba;
 Faz serena, pero altiva;
 Castoreño ladeado,

Figura marcial y ufana,
 Mano diestra en la cintura,
 La izquierda en la empuñadura
 De su fina toledana.

Marcha con paso ligero
 Y talante que da asombro,
 La capa roja en el hombro,
 Blanca pluma en el sombrero,

Y de córte rico traje,
 Do va sembrado un tesoro,
 Preciosos broches de oro,
 Preciosa gala de encaje.

Tal es don Fernando *el Fiero*,
 Cual le dicen en campaña;
 Honor y gloria de España,
 Estampa del caballero;

Y á dar va con gran dolor,
 La noche de su partida,
 Un adios de despedida
 A la prenda de su amor.

Ruborizando á las flores
 Y dando envidia á las auras,
 De su jardin en la reja

Está pensativa Clara.
 Con la mano en la mejilla,
 Con el codo en la ventana,
 Y los ojos en el cielo,
 Y el desconsuelo en el alma;
 Triste y abatida, riega
 Con sus cristalinas lágrimas
 Las bellas y frescas rosas
 Que suben á acariciarla;
 Y al robarles el perfume,
 Y al oscurecer sus gracias,
 Las flores, doblando el tallo,
 Mustias y marchitas bajan.
 Dirige Clara á la luna
 Sus vacilantes miradas,
 Cual si con ellas quisiera
 De su amor enamorarla,
 Y la reina de la noche
 Detiene su lenta marcha
 Porque la niña se mire
 En sus espejos de plata;
 Y luégo por los espacios
 Blandamente se resbala,
 Envolviéndose en los pliegues

De mil nubecillas blancas,
 Que por do quiera la cercan,
 Y el limpio fulgor le empañan,
 Porque, sentidas y amantes,
 Están celosas de Clara.
 Todo en torno está tranquilo;
 Densa y profunda es la calma,
 Hasta que suenan las doce
 En el reló de la casa.
 Entónces Clara dirige
 Su vista ansiosa, azorada,
 A las torcidas revueltas
 De una calleja inmediata.
 A poco una negra sombra
 De la pared se destaca,
 Que, misteriosa, semeja,
 Más que un hombre, una fantasma.
 Se oye, al andar, el sonido
 De las espuelas que calza,
 Y aunque encubierto se muestre,
 Al punto le acreditaran,
 De asaz mancebo, su paso;
 De recatado, su capa;
 De muy noble, su talante;

Y de militar, la espada.
 Dirígese presuroso
 A las denegridas tapias,
 Y al trasponerlas de un salto,
 Fija en el jardín la planta.
 Con paso firme y seguro
 Atraviesa la enramada,
 Que la reja consabida
 Vela y al par engalana;
 Y al ver á su amor, que há tiempo,
 Ansiosa, su vuelta aguarda,
 Fino y galan, la saluda,
 Y de hinojos da á sus plantas;
 Y en una mano divina,
 Que modelaron las Gracias,
 Beso arrobador, ardiente,
 Con labios de fuego clava.
 Entónces un animado
 Coloquio entre ambos se entabla,
 En el cual mediaron estas
 O semejantes palabras: